



El amor que los pueblos cristianos han sentido siempre por la Virgen María, se manifiesta de diferentes y múltiples maneras, que sería extensísimo detallar. Solamente queremos referirnos hoy, a los actos de veneración colectiva, a las procesiones rogacionales que, anualmente y de manera especial en el mes de mayo florido, llevan a cabo muchas poblaciones a difentes santuarios y ermitas de nuestra querida provincia.

En este modesto trabajo vamos a hacer mención exclusivamente de uno de los santuarios que goza de una gran devoción en toda la geografía provincial y de manera especial en las comarcas de la Garrotxa y del Alto Ampurdán: el Santuario de Nuestra Señora del Mont.

Cada año en una fecha invariable, al llegar el mes de mayo — mes de María — un buen número de pueblos de dichas comarcas, aquellos que viven más cerca de la sombra protectora de Santa María del Mont, se levantan temprano y corporativamente se dirigen caminando por senderos y vericuetos hacia la altiva montaña, para postrarse devotamente a los pies de la Virgen Soberana, que desde aquél elevado pico preside todas aquellas tierras.

Prueba de esta devoción a que hacemos referencia, es que han venido manteniendo tan piadosa tradición, los pueblos de Beuda, Caba-

La devoción mariana de nuestro pueblo y el encanto y fervor de las tradicionales romerías

nellas, Cistella, Crespiá, Dosquers, Espinavesa, Lladó, Lligordá, Llorona, Mayá de Moncal, Segaró, San Martín Saserras, Vilademiras y Vilert, desconociendo si, en la actualidad, alguna de ellas no la practican. También otras poblaciones como Besalú, Navata y Sales, habían acudido procesionalmente al Santuario, no conociendo si han restablecido tan antañosa costumbre. Asimismo dejaron de continuarla, Albañá y los lugares de Cursubell, La Estela y Palera, posiblemente estos, por la gran despoblación que han experimentado.

Estas visitas colectivas al santuario, el pueblo las ha calificado de procesiones, si bien no es costumbre que figuren en ellas, pendones, estandartes, ni otros signos propios de las manifestaciones religiosas conocidas con este nombre. Por esto, el llorado historiador de aquellas comarcas, D. Pedro Vayreda y Olivas, las calificó de verdaderas procesiones «rogacionales», tanto por la estación del año en que tienen lugar, como por la liturgia de los actos que las acompañan.

La ceremonia central de tales manifestaciones, la constituye la bendición del término, que se realiza con la fórmula solemne, en el apropiado, tradicional y conocido punto de la llamada «Creu del Pedró», que tiene lugar, generalmente, finalizada la celebración del Oficio votivo.

La plegaria popular propia de estas procesiones, es el Santo Rosario, y tanto a la ida como al regreso, las multitudes precedidas por la clerecía, acostumbra a rezarlo completo.

Con referencia a la himnodia peculiar, no muy rica en matizaciones, los pueblos que suben al santuario por la parte de tramontana, entonan la «Salve Regina», al llegar al conocido «Pla del Vi»; las procesiones procedentes de las comarcas de oriente y del mediodía, la cantan al entrar en el «Coll de Finestrelles» y las que provienen de la parte de poniente, saludan a su patrona con el mismo cántico, al hallarse en el nombrado «Pla de la Salve».

He aquí, pues, un homenaje sencillo pero saturado de un maravilloso sabor, este que anualmente tributan los pueblos a que antes hemos hecho referencia, a la Virgen del Mont.

Indudablemente es un acto de afecto y hasta podríamos decir de pulcritud rural, esta conmovedora visita colectiva que los hombres de la ruralía dedican a la celestial Señora, como si, con él, quisiera significar y ratificar cada año el deseo de permanecer bajo la protección de la Virgen María y subir hasta su trono en demanda de amparo y favor.

Es a la vez, también, un acto de fe y de confianza en el valimiento de esa poderosa Señora. ¿Quién en este paso fugaz por la tierra no tiene algo que pedir, algo que implorar a la que es dispensadora de las gracias y beneficios de su Divino Hijo?

El que se ve perseguido por la desgracia, pide su ayuda; el que ha perdido la salud, le implora su recobramiento; el pecador, reclama su indulgencia; el que se ve acechado por los enemigos del alma, espera que la Virgen le proporcione la debida fortaleza. Todos tenemos algo que pedir en esta pública audiencia que la Madre de Dios tan generosa y maternalmente concede a sus devotos.

Por eso, al descender de la montaña entre los rezos del Santo Rosario, en la hora que el sol va ocultándose tras las empinadas montañas, los corazones laten sosegados por el influjo del aliento sobrenatural y la paz que allí arriba se ha respirado, aliento que tiene la virtud de ahuyentar las preocupaciones y desosiegos; de consolar a los tristes y de llenar de gracias y de favores a los que de ellos están necesitados.

Y al día siguiente de esta romería colectiva, al empuñar de nuevo la esteva del arado que irá abriendo el surco en la tierra generosa y prometedora, el agricultor, el payés, sentirá un sano y espoleador optimismo y experimentará a la vez los beneficios de la visita a la Virgen, que le hará confiar en su protección sobre su hogar y sobre sus cosechas que habrán de proporcionarle el pan de cada día, mientras que en sus oídos parecerá percibir aún como un murmullo lejano y alegre, las dulces melodías de las estrofas del himno con que se despidió de la maternal Señora, Santa María del Mont hasta el venidero año...

...donau-nos bona anyada,
girau la pedregada
que ve del Canigó...